

La tragedia de un ungido

Por Daniel Del Vecchio

Lugar: Torremolinos (Málaga)

Fecha: 24 de agosto de 1982

“El Espíritu de Jehová se apartó de Saúl, y le atormentaba un espíritu malo de parte de Jehová”

“Y cuando el espíritu malo de parte de Dios venía sobre Saúl, David tomaba el arpa y tocaba con su mano; y Saúl tenía alivio y estaba mejor, y el espíritu malo se apartaba de él”

(1ª Samuel 16:14) (1ª Samuel 16:23)

La historia del rey Saúl, nos estremece, solo con pensar en la posibilidad de que un siervo de Dios, acabe atormentado por un demonio y con semejante destino. No hay tragedia, en la literatura secolar, que se pueda comparar con la triste y oscura vida de Saúl, primer rey de Israel.

Leemos en *1ª de Samuel 9:2* “*Saúl era joven, hermoso. Entre los hijos de Israel no había otro más hermoso que él; de hombros arriba sobrepasaba a cualquiera del pueblo*”

El libro de Samuel, nos cuenta como Saúl, en obediencia a su padre, salió de casa a buscar las asnas que se habían perdido. En aquel tiempo, era un muchacho humilde y sencillo. Cuando el profeta Samuel le dice, que sería ungido por príncipe sobre el pueblo de Israel, “*Saúl respondió y dijo: ¿No soy yo hijo de Benjamín, de la más pequeña de las tribus de Israel? Y mi familia ¿no es la más pequeña de todas las familias de la tribu de Benjamín? ¿Por qué, pues, me has dicho cosa semejante?*”. (*1ª Samuel 9:21*)

Su timidez le empujó a esconderse, en el momento de su reconocimiento, ante el pueblo de Israel. “*Y respondió Jehová: He aquí que él está escondido entre el bagaje. Entonces corrieron y lo trajeron de allí; y puesto en medio del pueblo, desde los hombros arriba era más alto que todo el pueblo. Y Samuel dijo a todo el pueblo: ¿Habéis visto al que ha elegido Jehová, que no hay semejante a él en todo el pueblo? Entonces el pueblo clamó con alegría, diciendo: ¡Viva el rey!*”. (*1ª Samuel 10:22.23*)

Pasó de ser un rey triunfante, aclamado por el pueblo, ungido por el Espíritu Santo y el don de profecía, a ser un hombre atormentado, neurótico, envidioso de David, que sacaba fuerzas de su propia soberbia y jactancia. Llegó a consultar una adivina para invocar el espíritu de Samuel ya difunto y pedir instrucciones y dirección acerca de su futuro. Saúl aspiraba a recibir revelación y sabiduría, en las tinieblas de la hechicería, que le encadenaron y fue desterrado por Dios, desterrado

de su reino y rechazado eternamente.

A menudo, he leído la frase: *“El Espíritu de Jehová se apartó de Saúl, y le atormentaba un espíritu malo de parte de Jehová” (1ª Samuel 16:14)*. Siempre he preferido suponer que el autor no redactó exactamente eso, o bien, que la traducción es errónea. Sin embargo, a lo largo de todo el pasaje, podemos leer repetidamente estas mismas palabras. Y nos preguntamos, ¿acaso Dios puede enviar un demonio? ¿Quisiéramos no creer este paradigma!

Pero, San Pablo escribe: *“el tal sea entregado a Satanás para destrucción de la carne, a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús” (1ª Corintios 5:4)*. Esto es un escarmiento de parte Dios, que apartado de la iglesia y entregado a Satanás, padezca una enfermedad a fin de que fuese salva su alma. Y hablando de algunos que erraron en cuanto a la fe, nos relata en la epístola de Timoteo: *“De los cuales son Himeneo y Alejandro, a quienes entregué a Satanás para que aprendan a no blasfemar” (1ª Timoteo 1:20)*. Muchos han blasfemado la obra del Espíritu Santo, diciendo que hablar en lenguas y profetizar es diabólico. Estas injurias no tienen perdón.¹

También, valiéndose del relato de Esaú, nos exhorta: *“Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados. No sea que haya algún fornicario, o profano, como Esaú, que por una sola comida vendió su primogenitura. Porque ya sabéis que aun después, deseando heredar la bendición, fue desechado, y no hubo oportunidad para el arrepentimiento, aunque la procuró con lágrimas.” (Hebreos 12:15.17)*. Esaú, menosprecio lo sublime, lo sagrado, lo eterno, a cambio de lo temporal y pasajero. Desdeñó la herencia celestial para satisfacer los apetitos carnales, y sabemos que dichos apetitos nunca se pueden saciar. Luego, el apóstol Pablo nos advierte y enseña, que existe la probabilidad de caer en pecado, de no alcanzar el arrepentimiento, de ser reprobado y de perderse, aun después de haber conocido la verdad y la unción de Dios.

La Biblia nos dice que estos hechos son ejemplos. Para no codiciar lo malo, para que no forniquemos, ni tentemos al Señor, ni murmuremos como algunos de ellos. *“Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos. Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga.” (1ª Corintios 10:11.12)*

¹ "...pero cualquiera que blasfeme contra el Espíritu Santo, no tiene jamás perdón, sino que es reo de juicio eterno". (Marcos 3:29)

Sabemos que nuestra lucha es contra principados y potestades de las tinieblas, que la posesión de demonios es real, y que es necesario desatar ligaduras y romper cadenas. Con todo, si deseamos la liberación, primeramente hay que mirar al cielo y arreglar cuentas con Dios, pues: *“le atormentaba un espíritu malo de parte de Jehová”*. Pactemos con Dios, Él está por encima de todo.

¿Por qué llegó Saúl a esta desgracia? ¿Cuáles fueron los acontecimientos, que le llevaron a buscar una hechicera? Veamos la vida de Saúl y los trágicos sucesos de su caída para que nosotros no incurramos en lo mismo. Aquel que cae y retrocede no lo hace repentinamente, sino poco a poco, paso a paso.

Saúl junto con su ejército y atemorizado por los filisteos, esperaban al profeta Samuel. El pueblo estaba en aprieto y temblando. Samuel no llegaba, y la población estaba a punto de desertar. Después de esperar siete días, decidió él mismo ofrecer ofrendas y holocausto. Su primer error fue tomar el lugar que no le correspondía, no esperó en la soberanía del Espíritu Santo.

Esta situación describe frecuentemente a nuestras iglesias. Habitualmente no esperamos en el Señor. Aunque tarde tenemos que confiar y esperar en Él. Actualmente nadie quiere someterse a la autoridad espiritual. Cada cual cree tener los mismos derechos que los demás, haciendo pues lo que le da la gana. Saúl pensó: “si no viene Samuel, lo hago yo”. *“Entonces Samuel dijo a Saúl: Locamente has hecho; no guardaste el mandamiento de Jehová tu Dios que él te había ordenado”*. (1ª Samuel 13:13). Nunca ocupemos un lugar que no nos corresponde.

Dios constituyó cinco ministerios para gobernar a la iglesia, edificarla y alimentarla. *“Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo”*. (Efesios 4:11.12)

Y Samuel dijo a Saúl, está atento a las palabras de Jehová: *“Ve, pues, y hiere a Amalec, y destruye todo lo que tiene, y no te apiades de él; mata a hombres, mujeres, niños, y aun los de pecho, vacas, ovejas, camellos y asnos”*. (1ª Samuel 15:3). Esta orden, resulta muy cruel y salvaje, difícilmente podemos entenderla. Pero si pudiéramos discernir comprenderíamos que las guerras del Antiguo Testamento son las luchas espirituales que vivimos a diario. Antes eran guerras oriundas, ahora son batallas espirituales. Dios, hablando de Amalec, se refiere a la carne, es decir, a la vieja naturaleza que debe estar enterrada. Amalec atacó la retaguardia de todos los débiles, cuando salían

de Egipto, cansados y trabajados. Y dijo Dios: “...tendré guerra con Amalec de generación en generación”. (*Éxodo 17:16*). Por tanto, mantenemos guerra continua contra Amalec.

Ordenó matar a los niños, incluso a los de pecho. Dios nos revela que desde nuestra niñez arrastramos pequeñas cosas, supuestamente inocentes, inofensivas, lícitas o legales que nos esclavizan. Estas “cositas infantiles” con el tiempo crecen, en hombres, mujeres y demonios. Dios nos dice: “*destruye, y no te apiades*” antes que lleguen a apoderarse de ti. A veces, es preciso tomar decisiones drásticas y dramáticas a fin de cortar con el pecado para salvar nuestras vidas. El “gatito” tan precioso, que acariciamos, mimamos y abrazamos contra nuestro pecho, puede terminar siendo un tigre feroz. ¡Destruyémoslo tajantemente o seremos derrotados!

Otro error de Saúl, fue no obedecer por completo a Dios. Su obediencia fue parcial. “*Y Saúl y el pueblo perdonaron a Agag, y a lo mejor de las ovejas y del ganado mayor, de los animales engordados, de los carneros y de todo lo bueno, y no lo quisieron destruir; mas todo lo que era vil y despreciable destruyeron.*”. (*1ª Samuel 15:9*)

Saúl creyó haber obedecido y dijo al profeta: “...*he cumplido la palabra de Jehová. Samuel entonces dijo: ¿Pues qué balido de ovejas y bramido de vacas es este que yo oigo con mis oídos?*” (*1ª Samuel 15:13.14*). Su corazón no estaba íntegramente sometido a Dios. Es cierto que destruyó todo lo vil, pero guardó lo mejor, para ofrecérselo al Señor. Las intenciones de apariencia, buenas y sencillas, habitualmente, nos traicionan y atan. “*Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá? Yo Jehová, que escudriño la mente, que pruebo el corazón, para dar a cada uno según su camino, según el fruto de sus obras*”. (*Jeremías 17:9.10*)

Si Dios no es dueño de nuestros corazones, no se complace tanto con lo demás, “*Y Samuel dijo: ¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros. Porque como pecado de adivinación es la rebelión, y como ídolos e idolatría la obstinación.*” (*1ª Samuel 15:22.23*). Si bien, el Señor se complace con nuestro servicio, anhela mucho más la entrega, sin condiciones, de nuestros corazones; más que los sacrificios, más que la labor de nuestro trabajo y el sudor de nuestras manos.

“*Entonces Saúl dijo a Samuel: “...temí al pueblo y consentí a la voz de ellos.*” (*1ª Samuel 15:24*). Saúl justificó su consentimiento creyendo actuar en total sumisión. Para considerar si

nuestras decisiones y pasos son correctos, es primordial andar bajo cobertura, estar cerca y sometidos a las autoridades, nombradas e impuestas por Dios. Desengañémonos. ¿Qué nos decimos generalmente al mirarnos en el “espejo”? "¡Ando bien, tengo mi conciencia limpia y paz con el Señor!" Nosotros mismos no podemos juzgarnos.

Samuel puso en evidencia la desobediencia de Saúl. *“Y él dijo: Yo he pecado; pero te ruego que me honres delante de los ancianos de mi pueblo y delante de Israel, y vuelvas conmigo para que adore a Jehová tu Dios”*. (1ª Samuel 15:30). No es suficiente la confesión, se requiere la convicción absoluta de haber pecado. Por esta razón Saúl no logró el arrepentimiento. Únicamente deseaba la honra y la aprobación del pueblo, aun sin alcanzar la bendición de Dios. Si el Espíritu Santo nos abandona, la honra y el elogio de los demás resultan huecos, vacíos y sin ninguna utilidad.

Recordemos también la trágica vida de Sansón. Nazareo desde su nacimiento, dedicado al Señor, escogido y llamado a salvar a Israel de mano de los filisteos. Un hombre seguro de si mismo, su pelo era señal de sus votos a Dios, dotándole de una fuerza sobrenatural, para destruir a sus enemigos y glorificarle.

Perdió la visión de quién era, el propósito de su vida, cuando empezó a apoyarse en su propia sabiduría y a jugar con “fuego”. El diablo conoce nuestros puntos débiles y vulnerables, nos tienta siempre utilizando su mejor estrategia. En esta ocasión fue Dalila, “Miss Universo” de los filisteos. Embaucado y seducido, renegó de sus votos, aliándose con sus adversarios que le raparon la cabeza y le sacaron los ojos. Notemos cómo primeramente se pierde lo interior, es decir, la consagración, y luego se puede ver el cambio en el exterior, a través del declive o decadencia.

Dios de nuevo nos amonesta: “destrúyeles ahora, antes de que lleguen a tomar posesión de ti”. *“Por tanto, si tu mano o tu pie te es ocasión de caer, córtalo y échalo de ti; mejor te es entrar en la vida cojo o manco, que teniendo dos manos o dos pies ser echado en el fuego eterno. Y si tu ojo te es ocasión de caer, sácalo y échalo de ti; mejor te es entrar con un solo ojo en la vida, que teniendo dos ojos ser echado en el infierno de fuego”*. (Mateo 18:8.9)

Por tanto, nuestros cuerpos son para destruir a los enemigos de Dios y nuestras vidas para servirle de todo nuestro corazón: *“Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas. Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón.”*

(Deuteronomio 6:5:6). También, nos instruye claramente a no hacer amistades con el mundo. Son alianzas que espiritualmente, terminan en ataduras y tinieblas. *“No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo?”* (2ª Corintios 6:14.15)

Dios desea liberarnos y sanarnos emocionalmente, derramando su luz en lo más hondo y profundo de nuestros corazones para que no acabemos como Saúl, diciendo: *“Estoy muy angustiado.”* (1ª Samuel 28:15). Deja que el cirujano celestial sane las heridas, cure las infecciones, revele pecados ocultos, y extirpe con su “bisturí” raíces de dolor, de amargura, de orgullo y rebeldía, regándonos con quebrantamiento y arrepentimiento.

Ansiemos ser alumbrados con la luz de Cristo. No nos escondamos de ella, sin la cual no hay sanidad para el alma. *“Otra vez Jesús les habló, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”.* (Juan 8:12). La condenación viene cuando amamos más las tinieblas que la luz. La base de la sanidad emocional es reconocer nuestros pecados y rebeliones. Quitémonos las máscaras y seamos transparentes. A Dios no se le puede burlar ni engañar. Él ama la verdad en lo íntimo: *“y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”* (Juan 8:32). Esta verdad es acerca de Dios y de nosotros mismos.

Andemos en el temor de Dios y examinémonos, pues todos hemos pecado delante de Él. *“Porque yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí. Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos”* (Salmo 51:3.4). Postrémonos ante Él, ofreciéndole un espíritu compungido. *“Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios”.* (Salmo 51:17)

Cuanto más conocemos a Dios, más tenemos que arrepentirnos y aborrecer el pecado. *“Lávame más y más de mi maldad, y límpiame de mi pecado”.* (Salmo 51:2). Oremos para tener fe, sin la cual no hay arrepentimiento. Ambas condiciones van unidas.

Ciertamente hay remedio y medicina para la enfermedad del alma porque hay uno, el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Se dio a sí mismo, en el monte llamado de la Calavera, y con su sangre pagó el precio para poder decir: *“Ni yo te condeno; vete, y no peques más”.* (Juan 8:11). Angustiado Él, y afligido no abrió su boca, sufrió nuestros dolores, llevó nuestras

enfermedades y el castigo de nuestra paz fue sobre Él, para que no vivamos bajo el yugo de la desesperación, ni estemos tristes o acongojados.

Las tragedias de los siervos ungidos de Dios, tienen que ser un referente o un faro en nuestro caminar, alertándonos de las trampas y peligros. *“Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino” (Salmo 119:105)*. Seamos agradecidos por el “espejo” de la Palabra de Dios y velemos con temor y temblor por nuestra propia salvación, recordando que Él obra en nosotros el querer y el hacer de su buena voluntad, y *“Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida” (Proverbios 4:23)*. Atesoremos la presencia de Dios en nuestras vidas y apreciemos la unción del Espíritu Santo. No hay cosa más preciosa y valiosa.

Escudriñanos Señor, desarraiga la naturaleza carnal que llevamos dentro que quiere dominar siempre. Que sea Cristo quien viva y triunfe en nuestros corazones y a Él sea la gloria, por los siglos de los siglos. Amén.

Oración

Eterno Padre, Tú conoces la necesidad de cada persona.

Señor te doy gracias, por el aviso que nos das, porque estás poniendo los cimientos para hacer una gran labor. Tú no deseas solamente derramar aceite y suavizar, sino que Tú quieres cambiarnos completamente de dentro hacia fuera. Señor, Tú amas la verdad en lo íntimo.

Señor, íntimamente nos exponemos delante de ti, y te decimos Señor, toma nuestras vidas, toma nuestros corazones, nos arrepentimos en tu presencia.

Danos fe para creer en el arrepentimiento y concédenos el arrepentimiento para crecer en la fe.

Bendice a tu pueblo y empieza desde este momento, por tu Santo Espíritu, a quebrantar no sólo las emociones sino la voluntad para rendirnos completamente a ti.

Pedimos como pueblo tuyo, Señor, que Tú nos perdones y nos ayudes a perdonar a los que nos deben, nos han ofendido causando dolor y daño.

Ayúdanos, Señor, a tener el espíritu de Cristo en la cruz que dijo: “Padre perdónales”.

Señor, sabemos que Tú no puedes perdonarnos, mientras no estemos dispuestos a perdonar.

Padre, reconocemos que es un desafío muy grande para tu pueblo pero es el reto que Tú mismo nos has dado; porque si no perdonamos de todo corazón, no podremos recibir tu perdón, ni andar en santidad delante de ti.

Señor, quítanos el amor al mundo, que únicamente te veamos a ti.

Quisiéramos no solo el reconocimiento de la gente, sino también la honra de tu Espíritu.

¡Hónranos Señor!

Honra y levanta aquel que se humilla en tu presencia, así como has prometido en tu Palabra.

Y a ti sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén. Que Dios os bendiga.

Profecía

Porque he puesto mi vida dentro de vosotros dice el Señor

He puesto la luz que vence las tinieblas

He puesto la verdad que rompe las cadenas

He puesto mis tesoros dentro de vosotros y venceréis dice el Señor

Porque estoy con vosotros y nadie podrá venir contra vosotros

Humillaos delante de mi dice el Señor

En esa humillación Satanás será derrotado

Confesad vuestros pecados delante de mi dice el Señor

Y Satanás tendrá que huir

Confesad vuestros pecados y vuestras ofensas

Y yo oiré desde el cielo y romperé las cadenas

Y enviaré una bendición que no podréis contener, ni resistir

Así ha dicho el Señor.